

## ¿Porqué hay Universo en lugar de Nada?

Ramón Kuri Camacho\*

En este límite, Heidegger es, en mi opinión, el último pensador negativo que sirve de puente entre un pensamiento que afirma y uno que niega, entre un *pensamiento negativo* y un pensamiento del deseo del otro apremiado por la terrible existencia del mal.

La pregunta de Leibniz que él reactualiza, ¿porqué hay Universo en lugar de nada?,<sup>1</sup> no sólo es la pregunta exasperante plena de patetismo que *no anuncia nada* y es expresión refinada de pensamiento negativo, sino la pregunta que muestra al vivo nuestros límites y posibilidades. Al igual que todas las preguntas que abren un interrogante más vasto que el perfilado por las palabras, es un interrogante que en el límite de lo que requiere y demanda como respuesta se asemeja al silencio en su parte más pura, más primitiva e inocente, silencio que parece confundirse con la exaltación de asombro. Heidegger formula la pregunta en momentos que la física abre, en teoría, fronteras infinitas al conocimiento; esta nueva aproximación a la realidad donde ni siquiera la presencia de los sueños es descartada, donde se entremezcla el principio de incertidumbre con el optimismo sobre el poderío de la ciencia, inaugura la posibilidad de comprender lo incomprensible, de volver transparente el comportamiento de la materia y de acceder por fin al secreto de su nacimiento. Sin embargo, aun cuando los avances sucesivos en el dominio del Cosmos hubiesen dado la razón a la firme creencia de Einstein de que "Dios no juega con los dados", la pregunta de Heidegger no pierde absolutamente nada; por el contrario, se revela más cerca del origen de la relación entre el hombre y el Universo que las más exactas leyes de una supuesta mecánica celeste.

No es tarea del físico interrogarse sobre la relación del hombre con el Universo, sino descubrir las leyes que rigen a este último campo, espacio *incolmable* donde sucede todo, donde nada queda librado al espacio más allá de sus límites, porque no hay espacio fuera del Universo (no podría haberlo), porque no hay nada, ella no existe salvo por la referencia que introduce el hombre. En esta identificación de la nada con el hombre y de Dios con el ser, efectivamente el Universo se le presenta al hombre como lo impensable, como la esfera de Pascal que escapa a toda determinación y a todo cálculo. Para calmar la inquietud que nos produce asomarnos al abismo de lo ilimitado, hemos necesitado poderosos calmantes, apaciguadores eficaces. Los mitos, por su autonomía, por fundar su razón en un pensamiento que escapa a las leyes que no sean las propias, nos

\* Profesor-investigador del Colegio de Filosofía de la BUAP.

<sup>1</sup> Martín Heidegger, *Introducción a la Metafísica*, cap. 1, *La pregunta fundamental de la Metafísica*. Buenos Aires: Editorial Nova, 1959.

reincorporan al orden del mundo, nos mantienen en nuestra corporeidad, sin la amenaza de la desintegración que insinúa el Universo. Los mitos son así nuestros reaseguradores y en su movimiento circular hacen ingresar al hombre en una especie de existencia indiferenciada.

¿Porqué hay Universo en lugar de nada?, es una pregunta que en realidad sólo podía hacer un hombre de nuestra época, por nuestra época, que ha adivinado en virtud de múltiples senderos de la ciencia que el Universo no se encuentra más regido por la voluntad divina o por las leyes que de ella emanan (los atributos spinozistas), sino por algo percibido mucho más antiguamente, por ese estado que los griegos situaron en los orígenes del Cosmos: el Caos.

Ser y tiempo son las coordenadas que más preocuparon a Heidegger, pero también son las coordenadas por donde transitaron buena parte de los principales aspectos de la ciencia moderna. No es posible describir con precisión qué tipo de pensamiento se ha utilizado en este campo, donde la indeterminación del cálculo roza la ambigüedad del lenguaje. Antes se creía que los números eran unívocos y que no introducían el vértigo de lo inapresable; ahora se sabe, en cambio, que mientras más avanza el pensamiento científico en el develamiento de la materia, más oscuros y más vastos se vuelven los interrogantes. Heidegger, atrapado en los límites del pensamiento discursivo, padeció el mismo mal que la ciencia de la razón positiva que pensaba al mundo y a ella dentro del mundo, como una acumulación progresiva de conocimiento. La situación en la que se introduce quien intenta interrogarse sobre lo imposible es incómoda, puesto que las herramientas del pensamiento discursivo le son insuficientes y, sin embargo, sabe que son las únicas que tiene. La forma de limitar esta contradicción es reconocer la preeminencia de la *existencia* sobre cualquier otra categoría conceptual, incluso sobre la razón que enuncia esto. Y es que el Universo es de tal magnitud y de tal violencia que sólo podemos tener una relación experimental con él, o si se prefiere, existencial.

Cuando Heidegger, décadas después de haber publicado *Ser y tiempo*, bajo el influjo de Hölderlin y Rilke, afirma que si algo nuevo tuviese que decir lo haría en un lenguaje decididamente poético (empresa afortunadamente nunca realizada), implícitamente denunciaba y *negaba* los distintos sistemas cognoscitivos sobre los cuales se fundó buena parte de la filosofía occidental. La tentación de simplificar se hace muy fuerte aquí, puesto que la mejor manera de dar cuenta de la diferencia entre filosofía y poesía, entre pensamiento discursivo y pensamiento poético, sería manifestar que lo que se dice es lo mismo, sólo que de distinta forma. Sin embargo, la diferencia no es de matices, sino fundamental, en los múltiples sentidos de este último término. Que uno de los más grandes filósofos del siglo XX, haya considerado necesario tomar distancias con el lenguaje que expresó su pensamiento, revela con claridad más o menos meridiana la insuficiencia del pensamiento discursivo para desarrollar o expresar una idea que sólo podía ser formulada en un cono de sombra, en la ambigüedad y en el disimulo, donde a pesar de todo se reencuentra allí fortalecida la lucidez. En cierto sentido y puesto que la realidad que nos envuelve es polisémica, la obra de arte, el discurso poético inaugura un espacio más acorde con el conjunto de la realidad, y no siempre en la dirección que apuntó el surrealismo, sino en la vocación irrenunciable de manifestar todos los fragmentos del hombre.

Por otra parte, Heidegger, al defender el hecho poético como una de las formas más sutiles, recusa la tradición filosófica y sus posibilidades discursivas.

Pues si la filosofía no basta para expresar lo que el lenguaje poético permite, ¿cuál sería su espacio último, su terreno propio, en una época donde la proliferación de las ciencias humanas la va dejando sin objeto definido? ¿Quizás la preocupación sobre la existencia humana y sobre aquello que la rodea, es decir, por *todo* en tanto *todo*? Pero entonces estamos regresando a Hegel y su voracidad filosófica que quiere engullir *todo* en la unidad del pensamiento. En la medida en que el campo de lo experimental y de la inducción se convertía en el eje central de la civilización occidental, la importancia de la filosofía se iba desvaneciendo a un ritmo acelerado. Sin la posibilidad de confundirla con la ética, menos con la religión, Heidegger optó por refugiarla en la metafísica. Y en gran medida, podría decirse que su obra es una larga introducción a la metafísica, que él negó, pero estos comentarios no lograrán disminuir el rigor de la pregunta que vertebra su obra: ¿porqué hay Universo en lugar de nada?

La pregunta, en verdad, no es nada nueva y pueden encontrarse ecos lejanos o próximos en numerosas tendencias de pensamiento o en distintas religiones. La primera justificación bíblica es la justificación del ser y no el extravío de Adán, si bien *caer* en el *mal*, dejarse seducir por la serpiente, problematiza todo el Ser. Heidegger actualiza la pregunta, la pone en acto en los precisos momentos en que el pensamiento tiene aparentemente mucho que decirnos. El ser y el tiempo han estado siempre presentes en la condición humana, pero nunca de un modo visible y claro, sino en la vaguedad, en ese reconocimiento velado que tiene el hombre de sí mismo como fuente de problemas y de interrogantes. Esa presencia misteriosa de ser y tiempo es precisamente la que nos hace sentir una intranquilidad que no encuentra a un hombre claro, una sensación de zozobra, una inquieta angustia que cuando puede fijarse lo hace en la certeza que tenemos de nuestra contingencia. El tiempo nos confronta con la muerte, el Universo con el ser. Uno relativiza la importancia del hombre en el mundo, cuestionándolo individual y colectivamente, tornando efímeras su existencia y las obras que de ella se deriven, hundiendo en la inutilidad todos sus proyectos; el otro, el ser, por la incompreensión que tenemos de su grandeza, nos somete a una tensión que vuelve árido cualquier pensamiento, ya que su característica más notoria es su inexplicabilidad, el hecho de que un objeto que navega caprichosamente en infinitos mares no puede ser aprehendido por el pensamiento, o mejor aún, por la razón.

Algunos científicos podrían coincidir en que la existencia del sistema solar no era necesaria ni ineluctable, pero respecto a la misma existencia del Universo no se puede más que manifestar una ignorancia profunda, cercana al enmudecimiento. Borges ha podido plasmar en un bello fragmento el carácter inaprensible del origen del Universo: "Me proponen dos maneras de concebir un principio del Universo y las dos son inconcebibles. La ciencia postula un espacio de dimensiones, provisto de partículas, de energía y de procesos térmicos; esa heterogénea estructura tiene que ser posterior a un principio. La fe postula una gran voz que es un instrumento de la obra y un espíritu que se mueve sobre las aguas y la bella ficción de una Eternidad que se amoneda en el tiempo. Esta hipótesis de la fe es tan inconcebible como cualquier hipótesis de la ciencia, pero durante siglos ha encendido la imaginación de los hombres y la ha poblado de planetas y de ángeles".<sup>2</sup>

En el paroxismo del pensamiento y de la imaginación, la noción del Ser se

<sup>2</sup> J. L. Borges, *Cosmogonía*, en *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé, 1974.

diluye en un espacio que no alcanzamos a captar, ni siquiera en la experiencia estética de un nuevo pensamiento negativo como el de Borges. Si la posibilidad de la existencia del ser está en que la nada no sea, nuestro pensamiento es insuficiente para percibir esta ausencia, que como una obsesión mallarmeana se ha apoderado de nuestra época. La nada sólo puede ser comprendida, realizada, desde lo indefinido, desde un infinito no matemático ni espacial, es decir, desde un infinito poético. Esta precaria torre de observación permitiría, si no mirar la nada de frente, al menor intuir su presencia descabellada. Por otra parte, que la nada sea o no, importa demasiado al ser humano pues una extraña violencia percibe su irrefutable vastedad (la otra cara del ser), su dominio equivalente a la muerte. ¿Qué es la nada sino esa presencia evanescente de las cosas que son y podrían no haber sido o, mucho mejor aún, en el terreno de la nostalgia, las cosas que alguna vez fueron y luego dejaron de ser?

El hombre sólo puede comprender la nada insuficientemente, con una pobreza radical que ningún raptó místico podría disimular. La noción de espacio que nosotros padecemos, en tanto límite inapelable de nuestra comprensión nos imposibilita para imaginar una Nada absoluta más allá del espacio. ¿El espacio absolutamente vacío, libre de cualquier partícula de Ser alcanzaría a ser reinado de la nada o sería apenas una pálida extensión de lo que el hombre ha designado simplemente como espacio? ¿El tiempo existiría fuera del ser? ¿No podría ser la eternidad divina el inmutable transcurso de la nada antes que Dios? Para que exista una nada equivalente a lo contrario del Universo, sería necesario que no exista ni espacio ni tiempo, que no exista *nada*, es decir, la cumbre de lo impensable, la oscura faz del ser que revela al hombre no su exaltación, sino su pesadumbre.

Comprendemos mejor la noción de nada cuando la referimos a nuestra experiencia vital y no a una especulación metafísica. Que el hombre se diferencie de la nada por un cierto tiempo, revela al nivel de un pensamiento que ha ido hasta el límite de lo posible, lo que el hombre ha sabido desde los lejanos días de su infancia, allá, hace millones de años, cuando construyó la primera tumba. La noción de tiempo está en las raíces de la evolución del hombre como especie y participa de todos los aspectos profundos que nos caracterizan. La dolorosa dimensión del tiempo se encuentra incrustada en el corazón y ni siquiera una vida exacerbada hasta el límite o una frenética disipación alcanzan a ocultar esta herida. El hombre es el único animal que percibe el tiempo como el lazo irremediable entre el ser y la nada. En la época de Hegel se tenía el convencimiento de que la noción de tiempo era nula entre los animales. Hoy, se sabe, en virtud del estudio sobre el comportamiento de algunos mamíferos, que los animales pueden ser totalmente ignorantes respecto al futuro y a la inexorabilidad de su muerte, pero que no ignoran todas las ventajas que proporciona la experiencia; así, el respeto por los ejemplares más viejos que acrecientan el saber y la experiencia del grupo, muestra sin lugar a dudas una precaria noción de tiempo que, como dijimos, no alcanza a la comprensión de la muerte.

El tiempo y el espacio inundan y regulan nuestra vida, pero cuando ambos han comenzado a abrirse al infinito, nuestro pensamiento no ha podido estrechar este abismo. El conocimiento ha podido colocarse, por primera vez en la historia del género humano, en la perspectiva experimental de lo infinito; en cambio, nuestras raíces vitales no han podido escapar del cerco. El conocimiento científico ha abierto para nosotros la noción desmesurada e inapresable de

diez mil millones de años-luz, pero esta noción no podemos captarla plenamente. Diez mil millones de años-luz es una medida que sirve tanto para el espacio como para el tiempo, una medida que anticipa la confusión generalizada de los múltiples elementos que cohabitan en el Universo. Los cuásares fueron la anticipación escalofriante de los "hoyos negros" y mientras más el hombre interroga al Universo más cerca lo encuentra del Caos, o para decirlo más suavemente, de la imposibilidad de establecer leyes permanentes. Situar el nacimiento de la tierra y de nuestro sistema solar en alrededor de cinco mil millones de años, el de la vida quizás por la misma época (el descubrimiento reciente de un microorganismo metanógeno capaz de vivir sin oxígeno y ser capaz al mismo tiempo de producir gas metano que puede hacer retroceder el origen de la vida hasta muy cerca del nacimiento mismo de la tierra), el descubrimiento de una nueva galaxia a trece mil millones de años luz de la Tierra, es introducir una dimensión sobrecogedora cuando se pone este tiempo en relación con el de nuestra breve existencia: el *homo sapiens* se remonta alrededor de cien mil años. Esta apertura del tiempo hacia el infinito evoca algo que el hombre ha percibido desde que es hombre, tal como lo atestiguan las numerosas obras "eternas" que ha construido a lo largo de la historia. Esta percepción de lo finito en lo infinito ha sido registrada por el Tao-Te-King y expresada con fina sutileza por un poeta chino: "La vida es la risa en los labios de la muerte".

El hombre actualmente sabe que la vida alguna vez cesará para siempre sobre la Tierra, si es que antes el hombre mismo no acelera por sus propios actos esta tendencia. El sol alguna vez terminará por consumirse o, más específicamente, por transformarse y volverá imposible la existencia de sus planetas tal como lo conocemos. La gran lejanía temporal en donde puede situarse este fenómeno no invalida en nada la confirmación de nuestra precariedad. El conocimiento científico ha favorecido el nacimiento de un vacío más intenso que el que han conocido nuestros predecesores, porque nada alcanza para llenarlo, porque el pensamiento mágico se ha revelado ya ineficaz para resolver el equilibrio en mentes fundamentalmente escépticas. El Universo, el ser, origen de una preocupación ineludible para el hombre y el tiempo, han sido las referencias constantes y necesarias de cualquier sistema de pensamiento. Para el ateísmo moderno, Dios, en Occidente, arreglaba cuentas con el Universo y su atributo esencial de eternidad con el tiempo. El ateísmo, hijo del pensamiento negativo y propio de la modernidad occidental, no sabe cómo enfrentarse con "estas débiles creencias" que siguen persistiendo o perviviendo porque no hay otras ideas con qué reemplazarlas. Pero aun cuando el hombre intente protegerse con numerosos mantos, el manto de la muerte siempre terminará envolviéndolo y recusando los objetivos que se ha dado, a no ser que la muerte no tenga la última palabra en el destino de este *homo sapiens*.

Heidegger, un hombre que ha pertenecido hasta la médula al pensamiento negativo de nuestro tiempo y en tensión siempre con él, ha intentado hacer un esfuerzo inconmensurable para poner en relación lo existente con lo racional. Empresa vana e inconclusa si nos atenemos a las opiniones del mismo Heidegger, que no podía dejar de hacer otra cosa para convencerse de lo precario su apuesta, encerrado como estaba en las redes de la negación y en un nihilismo que sólo existe "como ser para la muerte".

Ser y tiempo son impensables desde la perspectiva y los límites de la condición humana. El hombre debería elevarse al nivel de los dioses para poder ac-

ceder sin profanar a estos elementos más divinos que humanos. El último Heidegger, ¿así lo habrá comprendido leyendo el poema de Holderlin a las Parcas: "Una vez al fin habré vivido como los dioses. Y más no hace falta". ¿El ser no es por excelencia la medida de lo poético? ¿El tiempo no es acaso su secreto ritmo, la misteriosa música de su métrica? La poesía revela al ser y le da luz, le restituye su grandeza. Pero en un mundo sin dioses el destino de la poesía no puede ser más que el ocultamiento y el disimulo. Disimularse detrás de las falsas representaciones del ser, con lo cual contribuye a su agonía. Elección difícil y sobrehumana, ya que el poeta, al haber elegido el diálogo entre los dioses, ha perdido su credibilidad entre los hombres. La obstinación de permanecer es lo único que lo mantiene en pie en un mundo que envilece casi todo lo que toca.

La física puede ciertamente consagrar los esfuerzos más encomiables para develar el misterio del tiempo, pero eso le incumbe al hombre global, restituido en sus fragmentos, de un modo subsidiario. El tiempo del físico y del poeta no son los mismos; aquél intenta hacer transparente el tiempo de la materia, que existe prescindiendo del hombre; éste no intenta más que devolver una mínima de armonía al Universo, un tiempo común y un acuerdo. El tiempo se encuentra en el corazón del hombre desde su infancia, época en que ha sido herido de muerte, menos metafóricamente, época en la que el hombre comprende que muere. Bataille ha advertido con razón que "los hombres de ciencia son hombres cuyo deseo de conocimiento ha muerto"<sup>3</sup>, que ofrecen, por tanto, una visión restringida y parcelada del mundo del hombre.

¿Porqué hay Universo en lugar de nada?, es una pregunta que lleva en su interior la respuesta. La ansiedad humana no se calmará ante la existencia de "pequeños hoyos negros" que explicarían el nacimiento de la materia y, en consecuencia, del Universo. No basta con saber porqué razón hay ser en lugar de Nada. La pregunta de Heidegger no hubiese podido formularse sin antes tener la experiencia íntima y brutal, anonadadora, de lo que siente el hombre cuando entra en relación con el Universo y la nada, y en relación estrecha con la tradición del pensamiento negativo. Esta pregunta ha estado en los orígenes de la humanidad y ha llegado hasta nuestros días con un ropaje distinto. Ropaje distinto que proporciona la "muerte de Dios", la "muerte del Hombre" y la tradición del pensamiento negativo. Dios y las jerarquías sociales de antaño podían aquietar este sentimiento terrible (el hombre solo en el Universo), pero no hacerlo desaparecer. La importancia que el hombre ha concedido a los aspectos existenciales se remonta a la noche de los tiempos, cuando no pudiendo soportar más la burla comenzó a enterrar cadáveres, los cuales le mostraban, con un silencio que ningún lenguaje podía expresar, el camino futuro, socavando de esta forma sus fundamentos.

El hombre quiere un fin para su vida. Pero desde esta filosofía, sólo cabe esperar que el único fin que tiene todo organismo es reproducirse, pero esto es demasiado poco para el hombre, quien no puede razonar, sin enloquecer, pues "sólo traemos hijos para entregarlos a la muerte". Sin embargo, en el mismo instante que se agudiza esta desesperanza y nihilismo abrasador; en el mismo instante que se exaspera el pensamiento negativo en la experiencia de la nada, surge una nueva negación: la de una experiencia que ya no es la del pensamiento negativo, sino la de otra experiencia que *precede* al ser y la nada: la pregunta de *¿por qué hay mal y no preferiblemente bien?*

<sup>3</sup> Bataille, Georges. *La experiencia interior*. Madrid: Taurus, 1973.

Lo que fundamentalmente importa (y en definitiva ahí nos va toda la *existencia*), no es ya el ser y la nada, sino la pregunta del mal y del bien, justificada por el hecho mismo de la exasperación del sufrimiento y la *nada*. ¿Por qué vengo de la "nada"? ¿Por qué tanto dolor? De un extremo al otro y sin concesión alguna, el llanto y la nada me interpelan, buscan "otra escena": la del deseo del otro, legitimado o no por la existencia del mal. Negación de la negación.